

# áncora

## Como hablar de la vida misma

DANIEL GALLEGOS

**H**ablar de Lilia Ramos es tan fácil o tan difícil como hablar de la vida misma. En ese misterioso interludio entre esos dos puntos que marcan la existencia, todos los interrogantes parecen tener una respuesta cuando nos encontramos con una mujer como Lilia. Otra mujer maravillosa que conocí de joven y por un breve tiempo me dijo una vez, con voz de sibila, que la búsqueda de la felicidad podía hallarla en tres grandes momentos que sin duda me traerían inmensas retribuciones. El primero consistía en el goce de lo estético y los valores de la belleza, que en esa época eran para mí, sin duda alguna, lo más importante. Encontré y perdí la felicidad en la búsqueda de la belleza; muchas veces tan sólo en el espesor de una piel, y mis exi-

gencias se hicieron siempre más banales. Entonces pasé al segundo gran momento vaticinado: la búsqueda del conocimiento, y en la medida en que me fue permitido adquirirlo, si bien es cierto que la belleza dejaba de ser epidérmica porque ahora tenía sustancia y me daba una felicidad menos transitoria, su observación era fría, su goce egoísta, desprovisto de humildad. El tercer momento y el más difícil, decía la sibila, debería encontrarlo en la bondad, que según ella era lo único capaz de transformar la belleza en conocimiento y el conocimiento en amor, entendiéndose el amor como la capacidad de dar toda la sabiduría adquirida en los momentos anteriores, sin esperar otra recompensa que una mirada agradecida o quizás un apretón de manos. Todavía no he llegado a ese nivel. No sé si podría lograrlo en el tiempo que me queda. Pero si



puedo decir que Lilia sí conoció estos tres momentos, porque su bondad tiene el aura de la belleza y

el conocimiento. Es difícil y fácil hablar de Lilia. Es como hablar de la vida misma.

## Lilia Ramos

JULIETA PINTO

**H**ace tantos años conozco a Lilia Ramos, que su presencia está integrada al grupo de personas que forman mi familia.

Mi quehacer literario, al igual que el de Carmen Naranjo, Alfonso Chase y muchos otros, ha sido impulsado por Lilia desde sus primeros balbuceos. La generosidad con que estimula la creación en los demás es la más sobresaliente de sus cualidades, porque el ser intrínseco de Lilia Ramos es ser educadora.

Su vida entera la ha dedicado a enseñar a niños, jóvenes y adultos a superar defectos, a adquirir conocimientos que les sirvan para mejorar su calidad

de vida.

¡Cuántas escuelas han recibido su visita! ¡Cuántos niños su palabra cálida!

Impresionados por su entusiasmo, escuchan los cuentos que los conducen, sin que se den cuenta, a imitar las buenas acciones de los personajes.

En las tertulias en su casa y en casa de sus amigos, su voz, clara y precisa, nos habla de hombres y mujeres célebres que sirvan de estímulo a los presentes. Lectora infatigable, asimila lo positivo de cuanto lee, no sólo para su provecho, sino para donarlo, con un entusiasmo siempre creciente, a sus amigos. Y ser amigo de Lilia es tener su casa y corazón abiertos a las congojas que nos aquejan; es encontrar una palabra de ánimo para proseguir tareas difíciles y es recibir una parte de

la ternura que la naturaleza le ha dado a manos llenas. Su don de escuchar, su claridad mental, y sobre todo, su perenne optimismo, ayudan a minimizar problemas, transformándolos en actitudes positivas. Y así, el círculo de sus amigos crece cada día, pues quien la conoce queda atrapado por su generosidad.

Su vocación de educadora llega a tales extremos, que en el hospital geriátrico, internada para someterse a un tratamiento, organizó dos grupos de ancianos, uno en la mañana y otro en la tarde, para darles consejos sobre la tercera edad, la necesidad de superar la enfermedad con valor, la utilidad de la vida de cualquier ser humano. Cuando Lilia abandonó el hospital, más de un anciano

debe haberse dolido de su ausencia.

La valoración de sus escritos no se ha hecho todavía. Quienes conocemos los móviles que la impulsaron a escribir, las páginas llenas de personajes reales, que vencen dificultades materiales y se sobreponen a situaciones espirituales de conflicto, tenemos la obligación de dar a conocer su obra a las nuevas generaciones.

En esta época difícil que vivimos, donde la tergiversación de valores es un hecho cotidiano y se educa a los jóvenes sólo con la preocupación de hacer dinero, el ejemplo de honestidad, desinterés, culto por valores auténticos de Lilia Ramos y el cumplimiento de su meta como educadora, nos alienta a continuar nuestra lucha diaria.

# Las lides de Lilia Ramos con sus libros

JORGE VEGA RODRIGUEZ

Las leyes, las personas, las costumbres mueren al través del tiempo. Los libros son los únicos que no perecen. Ellos son los que gobiernan las naciones, para bien o cuando los nublados se presentan. Forman las universidades, las sociedades, los conglomerados sociales. La medicina, por ejemplo. Tienen el poder de la ciencia y expresan experiencias inmortales. En cambio, palabras con desenfreno forman pensamientos angustiosos, de escaso valor.

Seres privilegiados como Lilia Ramos Valverde han sido felizmente prisioneros de los libros. Sabía de sobra que sin ellos no hubiera alcanzado ser la espléndida escritora, maestra con privilegio, sicóloga profunda y admirable guía para los niños. Dedicó con constancia insuperable, con la misma constancia en todas sus intimidades, las horas diurnas y nocturnas a cultivar la lectura con entusiasmo y provecho.

Al solicitarme escribir algunas cuartillas sobre esta admirable persona, de todo mi cariño, me apresuré a efectuarlo sobre su añeja, valiosa costumbre que la ha transformado en excelente sicóloga, docta maestra y directora de multitudes ansiosas de sus conocimientos y una privilegiada memoria que la transformó en ser de envidiable ordenamiento mental. Todo para seguir con el antiguo precepto de "...enseñar al que no sabe".

A Lilia, desde la edad de seis años, le penetró, por siempre, la inobjetable curiosidad de leer, mirar esos voluminosos textos plagados de misteriosos signos llegados del misterio. La lectura o el deletrear la embelesó y esos signos se fijaron para siempre en su mente, en su imaginación, en sus inti-

midades. Muy jovencita se inició en la Editorial del Ministerio de Educación Pública con sus revistas como "El Maestro". Mucho se entusiasmó con literatura e historia francesa, con Víctor Hugo, ese ser genial, quien ya hombre guardó todos sus anteriores escritos marcándolos con el rubro: "Tonterías escritas antes de nacer...", su genio deslumbrante cayó sobre Lilia, "...con sus rimas de gran riqueza, sentimientos profundos y con imágenes redondeadas con innata grandeza".

Editó las revistas "Argos" y "Pórtico", y después los libros "Fulgores de mi ocaso" y "Almófar", ediciones brillantes, recibidas con entusiasmo. Su lista editorial ha continuado casi interminable, con la que proclama su destreza genial, dominio del lenguaje, belleza en sus conceptos.

En los intrincados caminos de la redención social, actuó, en instituciones en donde trabajó, con limpieza moral, energía en la enseñanza y gran provecho del alumnado, como en el Soldati, en Patronatos, en institutos ávidos de su mano enérgica y su mente sabia con conocimientos adecuados.

A su paso por el Ministerio de Educación Pública continuó con su inveterada costumbre de editar libros de nombradía, revistas, folletos, ediciones populares y propiciar reuniones culturales.

Estos menesteres de bibliófila de alto vuelo, su ayuda para escribir libros, corregir equivocaciones, indicar surtidoras sendas, hicieron crecer un gran respeto y consideración por Lilia en todos los ámbitos, tanto en Costa Rica como en el extranjero. Dotada de gran franqueza, no aceptaba disparates, malévolas palabras o frases, y con lenguaje directo, lo tachaba, lo sustituía con autoridad, sin deseos de



perjudicar sino para que resplandeciera la verdad, lo cabal.

Una de las mayores virtudes de Lilia es su generosidad, que alcanza linderos de lo superior hasta inmensurable. Nunca espera retribución. Esa palabra ha sido excluida de su léxico. Su dádiva espontánea surge como algo normal, salido de su interior, acompañada por su espíritu justiciero.

Esta magnífica persona ha enfer-

mado y deseamos sea superficial y que venza, como siempre, su fuerte carácter, su organismo, responsable directo de sus muchas virtudes. Todo un conglomerado social ha manifestado temores y ansias, corresponsables del alto aprecio y del completo cariño que se le tiene en todos los niveles, principalmente en aquellos que se sentirían crudamente huérfanos sin su guía, su faro que nunca falla.

## Lilia Ramos: esta joven de 85 años

IVONNE ROBLES MOHS

Supe de Lilia cuando, en mis primeros años de carrera universitaria, me correspondió realizar un trabajo de curso sobre *La ruta de su evasión*, de Yolanda Oreamuno. Diez años después, el azar me enfrentó de nuevo con la obra de Oreamuno y con quien la había conocido profundamente: Lilia Ramos.

Recuerdo, con especial afecto, el día de nuestro encuentro en un café. Mi dilecta amiga Emilia Macaya y quien escribe habíamos planeado una serie de preguntas que le formularíamos a aquella legendaria mujer, fuerte, inquebrantable y erudita; pero, una vez ante ésta, la seducción de su calidad humana y de su discurso locuaz y vehemente superó nuestro limitado programa de inquietudes y fructificó en una sólida amistad, en el conocimiento y participación de sus más preciados valores: el culto al ser humano, a la amistad, a la letra y

a la música.

Con más de cinco decenas de años menos, desde aquel día al presente, he sentido en Lilia a una mujer más de mi tiempo. La permanente renovación de su saber psicoanalítico, histórico, literario, pictórico, cinematográfico y político; memoria asombrosa; altruismo; incansable impulso a los neófitos; defensa y compromiso con los niños y los adolescentes; visitas a las comunidades del país; conferencias en la Universidad de Costa Rica, colegios, escuelas y grupos de estudio, que consolidó hace más de cincuenta años, y puntual asistencia en exposiciones, conciertos y puestas en escenas, hacen, de esta mujer, el más significativo ejemplo del ser haciéndose cada día y, con esto, de la prodigiosa magia de retener y prolongar la vitalidad y las ventajas de la juventud.

En *Epístolas en la rosa de los vientos*, Lilia confiesa y practica dos grandes pasiones: la epistolomanía y la bibliofilia; en efecto, ella ha sido una corresponsal intercontinental, lleva-

do la cultura costarricense a países y destinatarios insospechados, asistido a innumerables congresos y sido testigo y consejera epistolar en la producción de algunas de las más destacadas obras de la literatura nacional y latinoamericana; asimismo, su exquisito y polémico temperamento bibliófilo la ha inclinado a investigar, recrearse y reescribir otras misivas, con el propósito de "aguijonear la atención de unos, divertir a otros. Reparar injusticias: Alvaro Contreras, Marie Vicky de Chamrond. Aniquilar mitos: Mariana Alcoforado corresponsal. Descubrir ignotos o mal conocidos: Madame d'Epinay, Malwida von Meysenbug, Lady Morell, André Suarés. Brindar informes nuevos, sepultados o curiosos: Delmira Agustini, los Kazantzakis. Reparar en ciertos epistológrafos desde el ángulo de mira de la sicología profunda: Thomas E. y David H. Lawrence, Katherine Mansfield... Exuberar el material concerniente a varios egrigos: Madame de Sevigné, Bolívar, Martí, Unamuno".

Como infatigable leedora, Lilia ha saborea-

do cada una de las decenas de libros que posee y hecho de su casa una biblioteca móvil, ningún lugar ha escapado de convertirse en un estante especial. De igual modo, por doquier reposa una escribanía; Lilia comenta sus lecturas y escribe sus cuentos para niños en retazos de papel disponibles: en las hojas del calendario, en los comprobantes de pagos, en el pedacito de cartón que llegó de la verdulería, en la caja de la margarina... Y, como testigos permanentes, las valiosas pinturas y esculturas de consagrados y neófitos: óleos, acuarelas y grabados en la sala, en los cuartos, en la cocina, y Beethoven en sonido, en óleo, en madera, en mármol, en metal...

En este particularísimo mundo corren las horas de quien se define como megalómana, calificación cierta si por megalomanía se actúa con grandeza por la propia libertad física y espiritual y por la de los otros, por la sabia sincronía de la senectud y de la juventud y por la persistente tarea de construir, con la amistad, una verdadera comunidad amorosa.